

## SORPRESA EN MÜNGERSDORF (I)

Jutta Burggraf

**T** ENGO que confesar que conocí el Opus Dei por una apuesta. Recuerdo muy bien el día, en que un grupo de amigos estábamos reunidos en un bar universitario en Colonia, lleno de humo y olor a cerveza. Hablábamos, como tantas veces, de la necesidad de cambiar de mundo, de las marchas estudiantiles por la paz, las discriminaciones en los Estados Unidos, la miseria de África, la crueldad contra los negros, contra los niños, las mujeres y los animales, quizá también de la gran revolución mundial en que estábamos empeñados. De pronto llegó Heike, un poco excitada y con cara

de tener algo importante que contarnos. «¡A que no adivináis lo que he visto! -prorrumpió-. Estuve en una residencia, en la que las chicas rezan juntas». Nosotros no podíamos imaginar semejante rareza. No la tomamos muy en serio pues queríamos seguir conversando de los temas acostumbrados.

Pero Heike insistió en la verdad de lo dicho: en nuestra ciudad, existía realmente una residencia, llamada «Müngersdorf», con un oratorio, donde las estudiantes rezaban. «¿Y qué rezan? -Por ejemplo, el rosario.» -«¿Cuántos años tienen?- Tanto como nosotros». -«¿Son normales?- Parece

que sí, y además muy majas». Sonaba como un cuento de hadas, y gastamos bromas sobre un posible resurgir de la piedad en la juventud de nuestro país secularizado. «Pero si esto es verdad -pensé yo- quiero conocer a estas chicas». Así lo dije al final de las discusiones y, bajo el asombroso beneplácito de Ralf y Thomas -jefes del partido marxista de la Universidad- hice una apuesta con Heike: me comprometí a conocer aquella residencia; y si; por si acaso, viera allí a unas chicas rezando, me costaría dos botellas de vino tinto; en caso contrario, las botellas las compraría Heike.

Así llegué a «Müngersdorf». Encon-

tré allí a unas chicas abiertas y simpáticas, que mostraron auténtica alegría por mi interés. Me enseñaron toda la casa, con detalles y explicaciones, respondieron pacientemente a mis preguntas, y después de pasar un buen rato juntas, me invitaron -¡para colmo!- a rezar con ellas en un oratorio. Sobra decir que me sentía un poco hipócrita en aquel escenario. Pero como ya había cogido confianza, les conté la razón de mi visita. Entonces, me respondieron con buen humor: «puedes decir a tus compañeros, que no sólo has visto a unas chicas rezando, sino que tú también eres una de las chicas que reza en nuestro oratorio».